

CAPÍTULO CUARTO

WILLIAM PFAFF. REFLEXION CRÍTICA SOBRE LAS CREENCIAS BÁSICAS QUE INSPIRAN LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

WILLIAM PFAFF. REFLEXIÓN CRÍTICA SOBRE LAS CREENCIAS BÁSICAS QUE INSPIRAN LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

POR JOSÉ PARDO DE SANTAYANA Y GÓMEZ DE OLEA

William Pfaff, historiador de profesión y con una sólida formación filosófica, es un prolífico autor y periodista norteamericano afincado en París desde hace veinte años. Escribe fundamentalmente sobre cuestiones de política e historia contemporáneas. En sus artículos hace un seguimiento de la política europea y del papel de EEUU como gran potencia mundial. Se adentra en el terreno del pensamiento político y trata con asiduidad cuestiones relacionadas con la naturaleza del poder y el uso de la fuerza militar.

Destaca por su gran sentido crítico y por la profundidad con que estudia las cuestiones más complejas. Rechaza posiciones ortodoxas y se le puede considerar un intelectual independiente que ha mantenido estrechas relaciones con grandes personalidades de la política norteamericana tanto de uno como otro signo político. Goza de un gran prestigio tanto en los EEUU como en Europa. Nació a principios de la década de los treinta, sigue desarrollando una actividad intensísima y se mantiene en plenitud de facultades después de más de medio siglo de actividad profesional.

Ha escrito o es coautor de siete libros: *The New Politics and Power and Impotence* (1960), *The Politics of Hysteria*, *The Source of 20th Century Conflicts* (1964), *Condemned to Freedom* (1971), *Barbarian Sentiments: How the American Century Ends* (1989) que ganó el prestigioso premio Jean-Jacques Rousseau, *La Ira de las Naciones: La civilización y las furias del nacionalismo* (1993), *The Future of the United States As a Great Power* (1996), *Barbarian Sentiments: America in the New Century* (2000).

Sus artículos aparecen regularmente en "el País" y la revista de "Política Exterior" y publica dos columnas semanales en "The International

Herald Tribune" donde escribe desde 1978. Entre 1971 y 1992 contribuyó regularmente con la revista "New-Yorker", escribe en las revistas norteamericanas "Foreing Affairs", "World Policy Journal", "The National Interest" y "The New York Review of Books" y además publica artículos en numerosas revistas europeas: "Commentaire" (París), "Forum" (Munich), "Die SEIT (Hamburgo), "Europäische Rundschau" (Viena), "Moderna Tider" (Estocolmo) y otras.

William Pfaff es profundamente norteamericano y al mismo tiempo conoce y comprende a Europa y los europeos. Destaca como intelectual por su capacidad para tomar distancia de sus propios orígenes y contemplar el mundo despojado del paternalismo que más o menos encubiertamente caracteriza los intelectuales de su país. Esto no le impide, sin embargo, reconocer el papel central que los EEUU juegan en el mundo. A lo largo de toda su obra pone de manifiesto su vocación filosófica y la gran importancia que da a la dimensión moral del comportamiento humano. Considera que las ideas erróneas están en el origen de los grandes males que afectan y han afectado a la humanidad, y afirma igualmente, que un conocimiento certero de las sociedades humanas y su problemática compleja es esencial para tomar decisiones que hagan avanzar al mundo.

Se opone a la idea de que el mundo esté llamado a ser una réplica a gran escala de la sociedad norteamericana y su sistema de valores. En sus libros y artículos explora hasta el último rincón del alma norteamericana para poner en relación las creencias esenciales de la nación estadounidense y sus modos de responder a los grandes retos de nuestro tiempo: el ejercicio del poder y la búsqueda de un orden de paz, de justicia y de libertad. Está convencido además de la importancia de los lazos culturales y de identidad que unen a EEUU con Europa.

DE LA GUERRA FRÍA AL NUEVO ORDEN MUNDIAL

En sus primeras obras hace una crítica del modelo político norteamericano y su política exterior y se interroga a cerca del impacto de la modernidad occidental en el mundo no occidental. En *Condenados a la Libertad* analiza la crisis interna de la sociedad liberal. Las reflexiones e interrogantes que plantea en esta obra se mantendrán como hilo conductor de su pensamiento. Las limitaciones y contradicciones de la cultura política y económica de su país serán por tanto una de sus preocupaciones recurrentes.

Al acercarse el fin de la Guerra Fría en 1989, Pfaff escribe uno de sus libros más conocidos *Barbarian Sentiments: how the american century ends*. Lo escribe para poner de manifiesto la importancia que para los Estados Unidos sigue teniendo Europa y para oponerse a la idea de reducir el compromiso de defensa con Europa occidental y buscar nuevos socios. El libro empieza por afirmar que es necesario el conocimiento de la historia tanto de Europa como de las naciones asiáticas del pacífico antes de hacer juicios sobre las relaciones que EEUU debía establecer en un mundo que estaba sufriendo profundos cambios.

Para el autor los norteamericanos tienden a actuar ignorando la historia o como si ésta fuera irrelevante. Esto es una consecuencia de su propia experiencia histórica que ha sido relativamente benigna y de la convicción del origen providencial de los EEUU, lo que les lleva a creer en la inevitabilidad de su pasado. Otro tipo de falsa creencia proviene de asumir como cierto lo que los estereotipos culturales de la propia sociedad quisieran que lo fuera. Así es el caso del deseo de ver al “viejo mundo” europeo superado por el “nuevo” americano, quedando Europa relegada en importancia y el deseo también de que su país cumpla con la vocación misionera en Asia, religiosa en el siglo XIX, secular en el XX. “Aunque dos guerras civiles europeas —guerras mundiales— agotaron a las potencias europeas entre 1914 y 1945, no se puede llegar a la conclusión de que Europa está acabada. Mientras Europa irradie energía intelectual y moral su preeminencia no habrá pasado; y la evidencia es hoy que el dinamismo europeo lejos de haberse perdido se está de hecho intensificando”

En los tiempos modernos, los americanos, afirma el autor, son optimistas en cuestiones internacionales. “El rechazo de que haya lobos al otro lado de la puerta nos ha hecho avanzar. Otras sociedades están obsesionadas con los lobos”. Los americanos se resisten a reconocer las complejidades y perversidades del devenir histórico, hacerlo amenazaría el optimismo que ha sido indispensable al propio desarrollo de la nación norteamericana. Los estadounidenses están firmemente convencidos de que su país es un modelo para la humanidad, fuente del idealismo y referencia de justicia y al contemplar el mundo están igualmente convencidos de que la gente en todas partes comparte las principales ambiciones y valores norteamericanos. A ello hay que añadir que desde los EEUU se entiende que el mundo será seguro para América cuando se parezca a América.

“Nos encontramos en una situación singular. En un nivel de inteligencia o conciencia los americanos saben que su lenguaje político es falso y que

sus ideas son sentimentales y autocomplacientes.” Los americanos y sus gobiernos son perfectamente capaces de identificar sus intereses en el exterior y distinguirlos de los de otros países, y reconocer que estos no solo pueden estar en conflicto con los intereses americanos sino ser además legítimos. Los norteamericanos defienden agresivamente sus intereses comerciales hasta el extremo del proteccionismo, manteniendo al mismo tiempo el idealismo liberal como un principio irrenunciable “El problema americano es como liberarse del corsé de sus ideas exhaustas”.

Para William Pfaff, los años de atlantismo y del énfasis en el liderazgo americano en la defensa de Europa han oscurecido el cómo y el porqué de todo esto. La política americana se originó por temor a otra guerra y por miedo tanto a un posible rearme alemán como a la Unión Soviética; nació por tanto de la decisión estratégica de evitar que la URSS controlara la industria, el capital humano y la capacidad militar de los Estados de Europa occidental. El interés estratégico americano por la autonomía e independencia de Europa Occidental permanece idéntico y esta parte del mundo es más importante para el futuro de los norteamericanos que Asia, la URSS o América Latina. Europa Occidental es más importante para la civilización en la que América vive porque esta permanece fundamentalmente en una civilización europea.

Durante el último tercio del siglo XX el sistema internacional había actuado desde la creencia de que ni los EEUU ni la URSS querían la guerra y que las rivalidades, aunque irreconciliables en los principios, eran en la práctica negociables. Con la “Glasnost” y la “Perestroika” en la URSS la situación en la Europa Central y del Este se había vuelto potencialmente más peligrosa. El factor más destacado acerca de ese área es que nada ha sido consolidado. La dominación soviética de la Europa Central y del Este contribuía a solucionar el “problema” de Europa tanto para la URSS como para los EEUU. Pfaff adelanta, entonces, que el cambio como consecuencia de la crisis del sistema comunista reabrirá todos los interrogantes de una región llena de problemas nacionalistas sin resolver, tensiones étnicas y fronteras disputadas donde se desencadenaron las dos guerras mundiales. “Si la Europa dominada por la URSS se vuelve a unir con la Europa occidental, Europa cambiará de un modo fundamental, y así también la relación americana con Europa”.

Cuando ya se había producido el estallido nacionalista, y los conflictos armados que Pfaff anunciaba en su libro anterior, escribió *La Ira de las Naciones*, traducido a cinco idiomas. En él analiza con gran detenimiento

el fenómeno del nacionalismo al que considera “la fuerza política más poderosa del siglo XX”. Con este libro pretendía mejorar la comprensión de “un elemento fundamental de la vida política moderna y de las relaciones internacionales”, en un momento además donde ésta era un cuestión central del debate estratégico.

El autor considera que “el nacionalismo es una expresión profunda, aunque a menudo maligna, de la identidad humana, una fuerza negativa, pero también positiva”. En su libro explora en la historia: los orígenes, las causas y las raíces históricas para tratar de evaluar a donde nos conduce el fenómeno del nacionalismo. No hay que olvidar, en todo caso, que la obra fue escrita en 1993 cuando todavía la comunidad internacional mantenía una actitud tibia frente al conflicto abierto en los Balcanes y para una sociedad, la norteamericana, que veía desde la distancia y con simpatías el fenómeno del nacionalismo. Pfaff recuerda que: “El nacionalismo ha provocado muchos estallidos de violencia en la historia moderna, algo que hoy se repite en los Balcanes y en los estados de la ex Unión Soviética, al tiempo que el fenómeno de la violencia entre comunidades y razas causa estragos en ciertas partes de Asia y Africa. Sin embargo, el nacionalismo es también la fuerza que descalabró el imperialismo de los herederos de Lenin, y el dominio nazi de Europa”.

Comienza diciendo que “el nacionalismo no es una ideología porque no posee universalidad. Es imposible ser nacionalista a secas; solo nacionalista alemán, croata o norteamericano. Sin embargo el nacionalismo ocupa el terreno moral y emocional que corresponde a la ideología política. Es irracional como fenómeno general, pero natural como fenómeno específico. Es la contradictoria y absurda afirmación de que los valores e intereses de cada país son superiores”.

Desde su gran conocimiento de la historia y el pensamiento político occidental, el autor establece las siguientes tesis:

- La nación moderna, un fenómeno europeo, llegó cuando decayeron los imperios, y eso sucedió hace muy poco tiempo.
- La nación étnica es un invento. Entre los estados-nación contemporáneos, ninguno puede afirmar seriamente su homogeneidad étnica, con la excepción del Japón, Finlandia, posiblemente los estados escandinavos, Albania y tal vez Hungría.
- No hubo evolución “natural” desde la comunidad primitiva, fuera étnica o de otro tipo, hacia la nación.

—El nacionalismo es inherentemente absurdo. ¿Por qué el accidente —afortunado o infortunado— de haber nacido en Estados Unidos, Albania, Escocia o las islas Fiji debe imponer lealtades que rijan una vida individual y estructuren una sociedad al extremo de ponerla en conflicto formal con otras?

Pfaff reconoce que: “Durante muchos años se creyó que el nacionalismo era una causa progresista, un movimiento moderno de los intereses populares contra el imperio o la dinastía, una lucha contra el privilegio. (...) Antes de 1918 se argumentaba que los “reaccionarios” sistemas Habsburgo y otomano aprisionaban a pueblos “jóvenes” para los cuales la historia reservaba un destino nacional. Ello expresaba los supuestos implícitos del darwinismo social de la época: las naciones eran jóvenes, vigorosas, expansivas, o maduras y estáticas, o bien eran decadentes y merecían ser desplazadas. La reputación progresista del nacionalismo europeo se perdió en los años de entreguerras, a medida que los parlamentos trastabillaban en los Balcanes y la Europa sudoriental, o eran disueltos por monarcas o generales, y los conflictos étnicos y nacionales emponzoñaban la vida política de países como Austria, Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania, creando una justificación para las posteriores intervenciones nazis”.

Añade también el autor que: “después de la Segunda Guerra Mundial renacieron las esperanzas progresistas en el nacionalismo, con respecto a la liberación de las poblaciones asiáticas y africanas de los imperios coloniales europeos. Se sostenía que otorgarle la independencia era un imperativo moral para las potencias coloniales, aunque las nuevas naciones se gobernarán mal (si bien predominaba la opinión de que se gobernarían bien una vez liberadas de las restricciones externas; la influencia de las creencias de Rousseau sobre la virtud natural del hombre —sobre todo del hombre incivilizado, y por ende incorrupto— aún era poderosa, y continúa siéndolo). En general se han gobernado mal, pero el nacionalismo africano y asiático siguen siendo una causa progresista”.

Del estudio del nacionalismo lo que al autor más interesa es precisamente sacar conclusiones para el modo de actuar frente al terrible conflicto que en aquel momento viven los Balcanes. Explica cómo una dificultad añadida para la resolución del conflicto resulta de la especial característica del nacionalismo en la Europa central, oriental y balcánica. En aquellas regiones “la nacionalidad se identifica con la identidad étnica o religiosa. No se adquiere por inmigración (ni se pierde por emigración). Esto

entraña una diferencia radical, pues es la clave de las crisis nacionalistas que han estallado en la región desde el colapso del comunismo en 1989". La diferencia se debe a que estas sociedades no han atravesado la experiencia "moderna": Reforma, Renacimiento, Ilustración y Revolución.

A través del Estado, la nación occidental provee defensa, orden cívico, un sistema de justicia y una estructura económica. Estos compromisos de orden práctico demandan obligaciones y beneficios recíprocos que tienen además un matiz emotivo de adhesión al país, con frecuencia intenso. "La nacionalidad del género occidental, secular y plural en lo étnico, no ofrece un obstáculo esencial a la democracia o a la protección de los derechos humanos, puesto que a las minorías como tales no se les excluye de la nación. En contraposición, como la identidad política de Europa oriental y balcánica está ligada a la etnicidad y a la religión, la nacionalidad y la ciudadanía son exclusivas y no pueden ser objeto de compromiso ni de evasión".

El autor explica cómo la guerra étnica yugoslava se produce entre comunidades que no poseen características físicas distintivas, ni orígenes raciales o antropológicos separados; son un mismo pueblo con historias distintas que se solapan. Se trata por tanto de una guerra de historias. El abismo no se abrió realmente hasta 1918, cuando los pueblos eslavos del sur fueron unidos en una misma monarquía con una dominación absoluta por parte de los serbios. Los nacionalistas serbios han sido además los principales, aunque de ninguna manera los responsables exclusivos, de la última guerra.

En artículos publicados en otoño de 1992 y verano de 1993 de la revista de Política Exterior, Pfaff defiende la necesidad de emplear la fuerza militar para imponer la paz y oponerse a los designios del nacionalismo. Así afirma "hay hoy un interés fundamental entre todos los Estados vecinos y la totalidad de las democracias en cortar el paso a los conflictos y guerras étnicos, en detenerlos, penalizarlos y obligar a las partes a negociar. (...) El paso más grande sería que la OTAN garantizase las fronteras políticas de Europa central, oriental y balcánica que todavía no han sido violadas pero que están amenazadas por rivalidades y reivindicaciones étnicas. Puesto que Naciones Unidas ha perdido su credibilidad militar en el curso del conflicto yugoslavo, esta garantía solo puede venir de la OTAN".

El autor se opone por tanto a el plan Vance-Owen que pretendía buscar seguridad tanto para las minorías como mayorías étnicas "redibujando

mapas". La lucha en Yugoslavia se había convertido en una guerra de valores políticos y esta es la razón particular que explicaba su importancia para el futuro de las regiones vecinas. Esta residía en la influencia que podía ejercer sobre las demás reivindicaciones territoriales étnicamente irreconciliables que podían surgir en otros lugares produciendo una reacción en cadena peligrosa y desestabilizadora. Para el autor el principio de autodeterminación resultaba en aquel contexto destructivo y había que apostar por la defensa de las fronteras existentes.

SOBRE EL PROGRESO, EL FUTURO, EL LIBERALISMO ECONÓMICO Y LA GLOBALIZACIÓN

Los acontecimientos bélicos ocurridos en Europa y las fallidas expectativas de un nuevo orden mundial requieren, según Pfaff, la revisión de algunos grandes principios políticos y filosóficos. En todos sus textos está presente el debate de fondo sobre si siguen siendo válidas las creencias básicas que la sociedad occidental sostenía al finalizar el siglo XX, muchas de las cuales hunden sus raíces en la experiencia histórica y filosófica de los siglos XVIII y XIX. Para el autor es necesario contrastar estas convicciones con la inapelable realidad de los hechos y de los efectos de las ideas sobre la consecución de un mundo más habitable para los seres humanos.

En un artículo publicado en la revista de Política Exterior (1996), William Pfaff aborda una cuestión central en la interpretación del mundo y, en consecuencia, también central para encontrar una respuesta acertada frente a la conflictividad y la guerra. ¿Hay o no hay progreso histórico? "Ésta es una cuestión fundamental y necesaria ante la llegada del tercer milenio. (...) El segundo milenio concluye con la duda del optimismo secular de los tiempos modernos y la historia iniciando una senda sin ruta".

Hay que tener en cuenta además que "la noción de la historia como progresión política inteligible o significativa es occidental y, en su versión secularizada, bastante reciente. Sin esta idea, difícilmente habría una política occidental moderna, y no digamos una guerra moderna".

Para el autor las estructuras intelectuales que se utilizaron en el pasado para demostrar que el futuro sería mejor han quedado desacreditadas, sin que esto signifique que el futuro no pueda ser mejor que el pasado. Los siglos XIX y XX han transcurrido guiados por la convicción de que la historia avanza hacia un futuro que justificará y dará sentido al pasado y en

la creencia de que había soluciones para los problemas esenciales, que se podrían descubrir y, con suficiente esfuerzo, corregir. Para el autor esta confianza ya no existe y en los círculos académicos se extiende una tendencia a relativizar todas las creencias y dudar sobre la validez de la civilización occidental. Además, ahora se extiende una amplia percepción popular de que el progreso se ha vuelto adverso y de que es más probable que el futuro sea peor que mejor.

La revelación religiosa prometía la salvación. El marxismo afirmaba proporcionar un análisis científico para demostrar que las masas trabajadoras habitarían un mundo justo y sin clases. El optimismo liberal decía que la aplicación de la razón y los descubrimientos de la ciencia podrían erradicar la injusticia y la miseria. Las elites actuales en general no creen en la religión. En la práctica el marxismo creó “los gulag” y empobreció los Estados que gobernó. Las previsiones del progreso del liberalismo fueron refutadas por las dos guerras mundiales y el totalitarismo, y en la actualidad por la guerra étnica, comunal y racial que se extiende desde la Europa balcánica hasta el corazón de África pasando por Rusia, Asia y las ciudades europeas y norteamericanas.

“La caída del comunismo en 1989 pareció dejar intacta la versión liberal del optimismo occidental, o incluso haberla reivindicado. Poco de lo ocurrido desde entonces daría validez a ese punto de vista, ni siquiera en las sociedades ricas y afortunadas, cuyos problemas sociales actualmente son peores que en 1989. En muchas partes no occidentales del mundo, la condición humana es desastrosa y va a peor. La propuesta de que la victoria de la democracia liberal sobre el comunismo podría consolidarse en un “nuevo orden mundial” resultó ser un resurgimiento efímero de un desacreditado wilsonianismo”.

Estados Unidos ha demostrado exactamente lo contrario de aquella voluntad de hegemonía benevolente. Desde la guerra del Golfo —en la que mediaron intereses petrolíferos— “esta superpotencia ha eludido responsabilidades al considerar que su opinión pública no tenía la tolerancia necesaria para los sacrificios que impondría la hegemonía. Y esto es grave porque una superpotencia debe actuar incluso cuando sus intereses no están en juego”.

No obstante lo anterior, para el autor sigue utilizándose la retórica del progreso. Así “el argumento común tanto de la derecha como de la izquierda es que la sociedad internacional avanza hacia una mayor democracia. A este progreso se le atribuye la clasificación de inevitable, y una política exterior que

fomente la democracia se considera no sólo una expresión de los valores occidentales, que lo es, sino como cooperación práctica con la tendencia histórica fundamental que tiene la seguridad como resultado: la ciencia política ha descubierto que las democracias no luchan entre sí. Cuando las naciones no occidentales hayan conseguido la situación no bélica de Occidente, el mundo se habrá descubierto a sí mismo y la historia puede terminar (como ya ha insinuado Francis Fukuyama). Este es el romanticismo contemporáneo”.

Sin embargo, para Pfaff, más que un nuevo paradigma de la historia, lo que impera es un nuevo realismo sobre la historia y su futuro. La historia da claros argumentos de su deseo de no detenerse, y “si el marco intelectual que teníamos antes ha quedado desacreditado, ¿qué ocupará su lugar?”. El activismo histórico de la civilización occidental garantiza que Occidente buscará una nueva justificación para su deseo de controlar la sociedad y dominar el universo material. En el momento de escribir el artículo el autor considera que no hay una respuesta evidente y que la estructura de las expectativas liberales sobrevive pero vacía de contenido. Es el caso ya citado de la propuesta de Fukuyama para quién no habría más historia; el liberalismo ya ha ganado, el objetivo de la historia ha sido alcanzado y no cabe esperar nada más. La propuesta de Huntington de formular una nueva teoría sobre el futuro —el choque de civilizaciones— parece al autor fatalista y dedicará varios artículos a rebatirle. “El nacionalismo y el comunalismo o el racismo también son propuestas lógicas a la atrofia de las esperanzas liberales sobre el futuro común”.

Frente al punto de vista liberal de la historia, el autor nos recuerda que también ha existido el punto de vista trágico de que la historia es una lucha del ser humano contra sus limitaciones, en que la dignidad se encuentra en la lucha misma, sin resolución en el tiempo histórico. Desde esa perspectiva es fácil concebir el futuro en términos hobbesianos de egoístas luchas de poder, por mucho que se disfrace en la decadente retórica del liberalismo. Este nihilismo respecto de valores autoriza, si es que no dicta, una política de engrandecimiento del poder.

El creyente en el pecado original y en la providencia divina encuentra aquí un terreno práctico común con el estoico, ateo y humanista Sigmund Freud, quién recordó a los lectores que el objetivo de la vida es la muerte y, quién afirmó que no podía entender como podía conservarse la ilusión benévola de que en los seres humanos opere un instinto hacia la perfección, del que pueda esperarse una conversión gradual hacia el superhombre. Pfaff no va a situar, sin embargo, este enfoque “realista” de las rela-

ciones internacionales en igualdad de rango moral con el liberal a pesar de las limitaciones y contradicciones de éste último.

El autor ve con preocupación el mundo posmoderno precisamente por su falta de alternativas sólidas al realismo nihilista que interpreta el mundo en términos de poder e intereses. “Hasta ahora, las interpretaciones occidentales del significado histórico han dado por hecho que este significado tiene una existencia objetiva. Lo ha dado la revelación divina, y la ciencia y la razón lo han identificado, pero el caso es que está ahí. Si se encuentra, y se influye en él, las cuestiones éticas y metafísicas de la existencia humanas acabarán siendo resueltas”.

“El nihilismo moderno rechaza la disciplina y la limitación que forman parte de esta creencia en un referente objetivo para la acción humana. El segundo milenio concluye con el agotamiento de las posibilidades intelectuales, políticas y morales de la creencia en el progreso. Si el nuevo milenio se abre con el pensamiento de que Dios está muerto y la historia no tiene propósito, excepto el que el poder pueda imponer, nos acercamos al universo hobbesiano”.

Con el cambio de milenio, en otro artículo de la revista de Política Exterior (2000), William Pfaff aborda otra de las convicciones que articula su pensamiento. Lo poco que se puede saber acerca del futuro. Cita a Karl Popper quién advirtió que “por razones estrictamente lógicas es imposible predecir el futuro de la historia”. Esto deriva de que el conocimiento aumenta a un ritmo inmensamente rápido y ni siquiera podemos anticipar hoy lo que sabremos mañana.

En 1900 la creencia generalizada era que los intereses de las grandes potencias y, sobre todo, de sus economías, estaban tan estrechamente entrelazados y eran tan interdependientes que la guerra ya no tenía sentido. La existencia de imperios y del patrón oro hacían que las economías del mundo y las finanzas internacionales estuvieran más globalizadas de lo que lo están hoy. Las fuerzas destructivas que iban a dominar la mayor parte del siglo XX carecían de influencia a principios del siglo, o no existían siquiera. El marxismo como movimiento político era una cuestión marginal y el fascismo y el nazismo no habían sido imaginados o quizás eran inimaginables. Nadie en 1900 podía anticipar los acontecimientos que solo 14 años después destruirían el sistema internacional existente.

En los años sesenta y setenta, el “futurismo” se puso de moda y, durante breve tiempo, fue tarea académica en EEUU. Desde la perspectiva que da el tiempo, el autor pone de manifiesto hasta que punto aquellas

previsiones fueron equivocadas. Así cita cómo Anthony Lake y Daniell Bell afirmaban que el nacionalismo era un fenómeno primitivo que el progreso finalmente corregiría. O cómo Herman Kahn y Anthony Weiner daban por supuesto que en el año 2000 el sistema internacional permanecería sin cambios según el modelo de la guerra fría.

Como conclusión Pfaff reconoce que del futuro sólo existe la certidumbre de su imprevisibilidad y que las únicas afirmaciones novedosas que se pueden hacer son las generales: “que el poder hegemónico incita a la oposición; que los vacíos de poder se cubren; que las entidades políticas procuran extender su influencia y riqueza; que el mal existe en la historia y que la razón no es su dueño”.

Para el autor esta reflexión tiene más trascendencia de lo que a primera vista pudiera parecer, precisamente porque las ideas que articulan los grandes modelos de relaciones internacionales y económicas que se proponen en la actualidad se basan en la presunción de un futuro mejor, y este futuro es precisamente el que justifica las penalidades y dificultades que estos modelos producen en el presente.

“Los defensores de la actual corriente general afirman saber la verdad sobre nuestro futuro, igual que sus predecesores del siglo XIX “conocían” la verdad y la inevitabilidad de su versión del liberalismo económico (...). Pero no lo sabían. Ni lo sabemos hoy. Sabemos mucho pero nada más. La concepción actual del capitalismo, el mercado global y la conducta empresarial correcta está abierta al más serio desafío. Como visión de la sociedad es demasiado limitada, defectuosa en sus supuestos sociales y políticos, y carente de profundidad histórica. No está claro que ocupará su lugar. Pero en la actual situación, me da la impresión de que el principio al cual la gente debería aferrarse es al de no hacer daño”.

Vemos claramente, cómo esta preocupación que William Pfaff demuestra por no dar al futuro mayor relevancia de la que debiera tener, está íntimamente relacionada con otro gran debate en el que éste ha participado desde sus orígenes como periodista e intelectual y que tiene cada vez mayor relevancia estratégica: el del impacto del modelo económico capitalista en el desarrollo tanto de las propias sociedades más desarrolladas como sobre todo del mundo más pobre.

Así, una de las críticas más importantes que hace al modelo de capitalismo que apuesta por más libre comercio y globalización, es que parte de la certeza de que los sacrificios que se piden a la sociedad en ese momento van

en beneficio de un futuro mejor a largo plazo, futuro que, como ya se ha dicho, el autor afirma no se puede conocer. Compara esta actitud además con la que durante tanto tiempo se sostuvo en la URSS y que conforme a la ideología comunista pedía permanentemente sacrificios en nombre de un futuro luminoso y pleno, que habiendo de llegar pronto, no llegaba nunca.

El dogma que Pfaff cuestiona, y que define como la exageración de papel del libre comercio, es aquel que afirma que la sociedad industrial debe seguir un rumbo de extensión del libre comercio y de la competencia global que aunque va acompañado de elevados niveles de desempleo, de salarios reducidos, empleo precario, presión sobre el sistema de sanidad y el bienestar a corto plazo, a más largo plazo, dará prosperidad a las sociedades que son pobres en la actualidad y se generará nueva riqueza en los países que ya son ricos.

Para el autor, el libre comercio sólo fue uno de los factores que contribuyeron a los treinta años de crecimiento y prosperidad que siguieron a la Segunda Guerra mundial en la mayor parte de Europa occidental y de Norteamérica. Este periodo acabó en los años setenta por la asunción por parte de la administración Johnson de los gastos de la guerra del Vietnam por medio de la inflación, la posterior terminación de la convertibilidad en oro del dólar por parte de la administración Nixon y la crisis del petróleo. La reacción frente a la amenaza inflacionista fue el monetarismo por parte europea y la reducción de la demanda con recortes salariales y altos niveles de desempleo en los EEUU.

A principios de los ochenta cuando la política de estímulo económico y bienestar inspirada en la depresión parecía haber agotado sus posibilidades, y frente a las cuales los sindicatos habían abusado de su poder, en círculos políticos y empresariales conservadores se subrayaron los argumentos del liberalismo económico del XIX. Se recordó la tesis de Adam Smith sobre la importancia del mercado a la hora de establecer prioridades económicas y comerciales afirmando que maximizar el comercio daría lugar a un rápido crecimiento económico internacional, pero se pasó por alto la “ley de hierro de los salarios” de David Ricardo según la cual en un mercado libre los salarios siempre se estabilizan justo por encima del nivel de subsistencia.

Pfaff afirma que “después de casi dos décadas de experiencia es posible evaluar las consecuencias sociales de estas teorías y prácticas. En EEUU implican una reducción absoluta del nivel de vida medio de los asalariados y un dramático aumento de la diferencia entre los ingresos de los

asalariados y los de los directivos.” Los países del Tercer Mundo tampoco se han beneficiado del libre comercio en el grado que se esperaba. Al abrirse al comercio mundial, atraen la inversión pero también las importaciones y bienes de consumo mundialmente competitivos que destruyen los productos locales. Al mismo tiempo los países pobres luchan por ofrecer el trato salarial más competitivo al inversor internacional creando una forma de explotación laboral internacional característica del colonialismo.

Las previsiones optimistas de los defensores del libre comercio relativas a la creación de prosperidad en el Tercer Mundo solo serían posibles si la relación económica entre países avanzados y pobres fuera un sistema cerrado y si hubiera una cantidad fija de mano de obra en aquellos países. Si se diesen esas condiciones los inversores extranjeros no tendrían más remedio que luchar competitivamente por la mano de obra en el Tercer Mundo, con lo que los salarios y las condiciones laborales mejorarían. Por razones prácticas el número de trabajadores resulta casi infinito y “siempre tienes a los pobres de tu lado”.

“El capitalismo, en su nueva forma, destruye la prosperidad o el sustento de cientos de miles de personas por el bien del prometido bienestar de las generaciones venideras. La actual ideología económica, el pensamiento único, ha transformado el capitalismo, que ha dejado de ser la máquina de crear riqueza y mejorar la vida humana que fue entre 1940 y 1980 para convertirse en una máquina de empobrecer grandes grupos sociales y destruir empleo (principalmente en beneficio, por lo menos hasta ahora, de una reducida clase de ejecutivos y una más amplia de inversores)”. Al autor esto le parece inmoral.

La crítica de Pfaff respecto al modelo de relaciones económicas está estrechamente vinculada a otro fenómeno de trascendental relevancia en la definición del actual panorama mundial: la globalización. “Desde 1990 y el colapso de URSS hasta el pasado septiembre (se entiende 2001), el elemento más importante en las relaciones de EEUU con otras naciones fue la política económica y comercial. La desregulación de la economía mundial, la búsqueda de regímenes internacionales abiertos al comercio y a inversiones y la promoción de prácticas directivas y empresariales al estilo estadounidense se vieron como el mejor modo de promover la evolución hacia lo que Francis Fukuyama llamó el fin de la historia”.

El fin de la guerra fría había cambiado la percepción del interés nacional del país, de las esferas políticas y militares a las económicas y comerciales. La desregulación y la liberalización comercial llegaron a ser las

prioridades de la política exterior tanto de la administración Clinton como Bush, ambas dominadas por intereses empresariales.

Durante los años noventa la globalización, se convirtió en un fenómeno generalizado. En principio fue una integración de sociedades y economías impulsada por la tecnología que expresaba fuerzas que eran política, económica y moralmente neutrales. Lo que sucedió durante esa década fue precisamente que EEUU movilizó su inmenso poder económico y político para abrir economías e industrias extranjeras a la inversión y a la propiedad de EEUU, poniendo a su disposición mercados exteriores, materias primas y fuerza laboral, así como extendiendo una economía de libre comercio que opera bajo normas estadounidenses y que responde a sus intereses.

Para el autor “la meta del globalismo es utópica” en el sentido de que producirá un mayor bienestar material para un mayor número de personas. “Por su propia naturaleza, la globalización es distorsionadora, ya que es indiferente u hostil al mundo histórico y sus inherentes limitaciones, a las costumbres y culturas idiosincrásicas —al “mundo de los olivos”— (...). Gray la describe como legítima sucesora de ese otro proyecto utópico que fue la versión marxista del materialismo dialéctico. Descansa intelectualmente sobre un impregnable provincianismo y un prejuicio contra el pasado”. El utopismo de la globalización ha sido un factor esencial en el atractivo que ha ejercido sobre los estadounidenses.

Reconociendo que las economías occidentales han crecido, en promedio, muy deprisa, el autor concluye, que al igual que ocurría con la defensa a ultranza del libre comercio, el crecimiento económico propiciado por la globalización ha beneficiado principalmente a los países ya ricos, donde la ideología neoliberal ha dominado sobre las políticas sociales y de empleo, al precio del estancamiento de los salarios, la proliferación de familias con múltiples ingresos y la marginación de una parte de la sociedad en paralelo al enriquecimiento de las elites.

¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

Como ya se ha dicho anteriormente, William Pfaff se opone a las tesis de Huntington sobre el choque de civilizaciones. “El marxismo fue una mentira sobre la historia, refutada a costa de grandes pérdidas humanas. Y ahora se busca una mentira que la sustituya. Los gobiernos y los ciudadanos quieren mentiras acerca de la historia o, por decirlo de otra forma,

simplificaciones exageradas, porque éstas hacen la historia inteligible y parecen ofrecer una idea del futuro”.

Para el autor, aunque se pueden decir muchas cosas sobre la historia que aclaran tanto la realidad como las posibilidades que encierra el futuro, éstas no son afirmaciones científicas. Muchos de los que han estudiado la política a lo largo de los últimos cincuenta años se han dedicado a construir una ciencia de la política. Se abandonó la tradición más antigua del pensamiento político arraigada en la filosofía, el estudio de las instituciones y de la historia y la historia de las ideas. Este alejamiento de la tradición de los estudios políticos humanísticos, presumiblemente, tuvo que ver con el relativo prestigio de la ciencia en comparación con las humanidades en las universidades estadounidenses durante la década de los cincuenta. Se tendió, por tanto, hacia el conductismo y la emulación del análisis económico, junto con la adaptación de los estudios políticos y de política estratégica de técnicas de ingeniería como el análisis de sistemas y las técnicas matemáticas.

Las conclusiones políticas derivadas de esta empresa incluían las doctrinas militares del conflicto gradual y la respuesta calculada, con una intensificación por pasos, escenarios alternativos y otros instrumentos analíticos aplicados en la práctica a la elaboración de una estrategia nuclear durante la guerra fría, a la dirección de la guerra de Vietnam y a otros problemas estratégicos y políticos.

Los factores culturales e históricos fueron invariablemente excluidos de estos modelos y análisis, no solo porque normalmente no pueden ser cuantificados, sino porque aquellos a los que atraía más esta forma de estudio político tendían a no estar interesados en la cultura o en la historia. Los profesionales de la nueva ciencia política tendían a estar más interesados en el reto metodológico y en acceder a la influencia política que en el conocimiento directo de las sociedades extranjeras que puede considerarse hasta inconveniente al tender a distorsionar la pretendida objetividad científica del análisis.

Al final el resultado es una descripción simplificada de la realidad, pero apoyada en datos objetivos y en parte cuantificables que facilita la acción política y complacen a la administración que las financia. En caso de la tesis de Huntington, ésta proporciona además una explicación general plausible para muchas de las cosas que ocurren en el mundo y expone racionalmente las angustias que sienten los estadounidenses: el fundamentalismo islámico y el crecimiento no solo del poder económico asiático sino la vinculación de este poder con los “valores asiáticos”.

Desde el punto de vista del autor, Huntington comete el error de tratar a las civilizaciones como entidades políticas o centros de poder actuales disfrazados. Las civilizaciones no deciden ni actúan ni hacen la guerra. Al hacer esto, incurre en algo aun más grave que un error de análisis y valoración de amenazas potenciales. Al trasladar a civilizaciones y culturas desde la periferia de la política internacional hasta el mismo centro del escenario, es como poner una vez más a la raza en el centro del escenario histórico mundial. Sustituye con una entidad cultural, la civilización, que no tiene una existencia política responsable, a protagonistas identificables y responsables políticamente: Estados, gobiernos, líderes, individuos. Preconiza un fatalismo histórico y político que implica que nos encontramos bajo el dominio de un destino anónimo.

A menudo, las teorías bienintencionadas no tienen suficientemente en cuenta las implicaciones de sus teorías. Su argumento de que en el futuro las guerras serán conflicto entre civilizaciones desplaza la responsabilidad de estas guerras del terreno de la voluntad humana y de la decisión política al de la predestinación cultural. La guerra cultural es intrínsecamente innegociable e irresoluble. La condición de miembro de una civilización, al igual que formar parte de una raza, es algo que no se puede elegir, comprometer o evitar. Si los conflictos que hoy se reconocerían que tienen soluciones negociables —disputas territoriales, comerciales, por recursos, ambiciones políticas, geopolítica o ideología— deben ser reinterpretadas como choques de civilizaciones, se les niega una solución.

HEGEMONÍA DE EEUU

Una cuestión que Pfaff aborda exhaustivamente, y frente a la cual mantiene una posición muy crítica, es el papel que juega EEUU como gran potencia mundial en un momento histórico de hegemonía sin precedentes. Su preocupación se acentúa aun más por la estrecha relación —negativa, en opinión del autor— que existe entre la elección estratégica de su país y las creencias más profundas y enraizadas de la nación norteamericana en relación con su misión histórica y su condición de sociedad excepcional marcada por el designio divino.

Tras la campaña electoral en la que George W. Bush resultó elegido presidente el autor muestra su preocupación por la falta de debate en materia de política exterior. “La principal diferencia entre los candidatos se refirió a la participación de militares estadounidenses en operaciones de

reconstrucción nacional, lo cual, según Washington, incluye el despliegue de la OTAN en Kosovo y Bosnia”.

El activismo y unilateralismo de la política exterior de EEUU tanto de republicanos como demócratas desde finales de la guerra fría “es el resultado de una alianza tácita entre quienes se consideran “wilsonianos” liberales —principalmente vinculados a la administración Clinton— deseosos de extender la influencia política y económica estadounidense y unir a las democracias del mundo bajo su manto, y los neoconservadores unilateralistas, que dominan el gobierno de Bush y no sólo creen en la proyección del poder de EEUU, sino que piensan que su liderazgo mundial —impuesto por la fuerza si fuera necesario— beneficia el interés propio de la comunidad internacional, así como el estadounidense”. Ambas perspectivas están detrás del enfoque agresivamente unilateralista del Congreso norteamericano en las relaciones exteriores durante los últimos años, el cual también expresa un viejo impulso aislacionista de EEUU. Unilateralismo y aislacionismo son manifestaciones distintas de la misma sensibilidad provinciana.

En Washington, durante la postguerra fría, la idea de aumentar la influencia estadounidense en el mundo se ha convertido en la cuestión central del pensamiento político. Unos prevén una ampliación de la OTAN a los antiguos Estados soviéticos, con la posible inclusión de Rusia, y continuar en Asia central hacia las fronteras del otro sistema estratégico: el del Pacífico. De esta manera se daría una dimensión política paralela a la globalización económica de los EEUU. Otros políticos consideran el nuevo siglo como una oportunidad para una refundación internacional del estilo de la confederación americana del siglo XVIII. Estos quisieran que las democracias industriales formasen una unión democrática de la que EEUU sería la inspiración y el líder.

Desde la creencia que EEUU otorga a su política exterior un inusual grado de moralidad y que no persigue una definición cerrada, egoísta, de sus intereses nacionales, sino que generalmente encuentra esos intereses en un orden internacional benévolo, se defiende que la hegemonía estadounidense debe sostenerse activamente.

El autor cita a George Kennan como el más eminente de los que se oponen a esta visión tan ampliamente aceptada en su país: “el planeta nunca se regirá por un único centro de poder, cualquiera que sea su capacidad militar (...) percibirnos como el centro de la ilustración política y como maestros de una gran parte del resto del mundo es insensato, jac-

tancioso e indeseable". Añade Pfaff que una apuesta estadounidense por la hegemonía fracasaría porque su objetivo, aunque "benevolente", no sería aceptado por otros países, que lo verían como una amenaza. "Así, los aliados europeos están ahora molestos por las presiones de Washington para bloquear la creación de una identidad de defensa capaz de adquirir cierta independencia respecto a la OTAN".

Paul Quilès, presidente de la comisión de Defensa de la Asamblea Nacional Francesa, expresó la inquietud de esa institución por las declaraciones del senador Jessé Helms según las cuales: "los países democráticos, sobre todo EEUU, en nombre de la libertad, poseen autoridad ilimitada, no sujeta a ningún control externo, para llevar a cabo intervenciones militares". La opinión de Helms, que según el autor podría representar la opinión general de sus conciudadanos, expresa una versión del legado wilsoniano que en su conjunto es más complejo, menos glorioso y ha tenido menos éxito del que los teóricos en Washington parecen creer.

Woodrow Wilson decía que "Hay naciones tan justas que no necesitan convencer por la fuerza a otras de lo que es correcto". Cuando implicó a EEUU en la 1ª Guerra mundial en el año 1917, lo hizo para librar una guerra que acabase con todas las demás, para hacer al mundo seguro para las democracias y terminar con la "política de poder". Al alcanzar la victoria, y con ella la oportunidad de hacer realidad sus ideas, declaró que el papel de los EEUU en la contienda había sido producto de la intervención divina, "Esto es lo que soñamos en nuestro nacimiento. EEUU debe, en verdad, enseñar el camino a los demás". Tras ser aclamado por la multitud en su llegada a París para tomar parte en las negociaciones de Versalles, afirmó que el mundo se volvía hacia "EEUU en busca de esas aspiraciones morales que yacen en los fundamentos de toda libertad que (...) todos sabrán que ponen los derechos humanos por encima del resto de los derechos, y que su bandera no solo es la de los EEUU, sino la de la humanidad". Agradeció a Dios que los estadounidenses no fuesen como los otros hombres.

"Su ingenuidad sobre la autodeterminación nacional contribuyó a crear las condiciones en Europa central y oriental que, en los años treinta y cuarenta, provocaron la intervención de Adolf Hitler. Su influencia sobre Franklin Roosevelt le llevó a oponerse a los esfuerzos de Winston Churchill para utilizar una política de fuerza en Europa central y evitar así que cayese bajo control soviético en la posguerra. Incluso la política estadounidense en Vietnam fue una confusa amalgama de anticomunismo y sentimentalismo wilsoniano".

Tras las desastrosas consecuencias del wilsonismo durante los últimos ochenta años, es difícil explicar, según Pfaff, por qué la sentimental, megalomaniaca y ahistórica visión de Wilson deba continuar marcando el curso general de la política exterior estadounidense, tanto bajo administración demócrata como republicana, y despierte entusiasmo por la hegemonía del país entre los políticos y analistas.

En las pasadas elecciones presidenciales ambos candidatos prometieron derrocar a los regímenes de los Estados “delincuentes”, animar a los aliados rezagados y difundir la democracia al estilo estadounidense en todos los lugares a su alcance. “El país es todavía rehén intelectual del megalomaniaco y pretencioso presidente-clérigo que dio a la nación estadounidense la convicción blasfema de que, como él mismo, había sido creada por Dios para mostrar a las naciones del mundo cómo deben caminar por los senderos de la libertad”.

Durante los primeros años del nuevo milenio, EEUU seguirá siendo el país más poderoso e influyente del mundo. El sistema de bases globales y de alianzas integradas creado por él durante los años cincuenta y sesenta en respuesta a las amenazas reales de la guerra fría fue aceptado como legítimo e incluso deseable por sus socios en función de aquellas circunstancias. Pero con la transformación del gran escenario estratégico, los viejos aliados en Europa occidental y en Extremo Oriente comenzaron a percibir la presencia militar estadounidense como una potencial violación de su soberanía impuesta por razones cada vez menos obvias.

“Los estadounidenses veían aumentar su confusión sobre si era necesario ampliar sus costosos compromisos globales. Así, se desarrollaron nuevas teorías sobre amenazas externas: choques de civilizaciones, ataque islámico generalizado a Occidente, terrorismo mundial, nuevos imperialismos ruso y chino, crimen internacional, tráfico de drogas. Los Estados “delincuentes” pasaron a ocupar la primera línea de quienes amenazaban a EEUU. Un rico comerciante de Arabia Saudí fue identificado como la mayor amenaza de todas (el autor se refiere a Osama Bin Laden). Nada de esto tenía una justificación intelectual o política convincente. (...) Todas reflejaban el instinto natural de supervivencia de las burocracias gubernamentales de la guerra fría, cuya razón de ser había sido cuestionada.” El tiempo ha demostrado que en esta valoración Pfaff no estuvo demasiado acertado.

Los aliados europeos, criticados en el pasado por no hacer lo suficiente para defenderse a sí mismos, de repente fueron objeto de acusaciones

por crear una "fortaleza Europa" cuando lanzaron un proyecto de defensa común que podría debilitar la influencia estadounidense y sus privilegios en el Viejo Continente. El interés europeo en racionalizar y desarrollar su propia industria de defensa en lugar de comprar material estadounidense, fue criticado como un modo de minar la cooperación trasatlántica.

William Pfaff considera además que "Washington no está dispuesto — o quizá es incapaz intelectual y políticamente— a revisar sus intereses estratégicos en Asia con una seria consideración del coste de la política actual. (...) Como en Europa, EEUU corre el riesgo de transformarse en esa región de un defensor bienvenido a un intruso molesto. Washington parece no entender que su poder puede convertirse en un factor desestabilizador".

"La posición estadounidense y el sistema actual serán desafiados en el futuro". La identidad de quién tendrá éxito en el desafío es impredecible hoy, pero está en la naturaleza del sistema hegemónico generar oposición, del mismo modo que ha ocurrido siempre y le pasará a su eventual sustituto. El desafío vendrá de sociedades igualmente desarrolladas y también de la entropía de su sistema hegemónico, de la tendencia natural hacia la degeneración de la energía.

Las fuerzas profundas que actúan en las relaciones políticas, culturales y estratégicas tenderán a restablecer un pluralismo de poder. Esto podría venir de la mano del conflicto y la amargura, con consecuencias imprevisibles. Pero también podría sobrevenir de una manera constructiva, que lleve hacia un sistema internacional en que las grandes potencias reconozcan y respeten sus particularidades y busquen soluciones equitativas. No obstante EEUU prosigue con lo que considera su misión de reformar el mundo, "una misión pía y bastante irrealista, convertida en política exterior. (...) El optimismo estadounidense sobre esa transformación mundial todavía no se ha desvanecido, y ello explica por qué EEUU mientras se mantenga como una nación moralista, será peligrosa".

Tras los atentados del once de septiembre, el autor escribe a principios de 2002 otro artículo largo con el título de "El resurgimiento del destino manifiesto". Como ya se ha mencionado con anterioridad, William Pfaff explica cómo desde sus orígenes en 1629, cuando un grupo de anglicanos disidentes se estableció en una tierra virgen de la costa este para llevar a cabo un nuevo designio religioso, EEUU ha actuado convencido de que su destino es guiar el rumbo de la humanidad. Su política exterior siempre se ha basado en la creencia de que la modernización, la occiden-

talización y la americanización son beneficios absolutos e íntegramente relacionados, factores necesarios para el establecimiento de un orden justo en la sociedad. En contraste, el terrorismo —la violencia contra civiles por una causa política— se entiende como una expresión de desorden. “Este sentido de destino debe tenerse en cuenta para entender la dirección que tomará ahora el país”.

Tras la decisión de extender la guerra contra el terrorismo más allá de Afganistán y concretamente a Filipinas, Pfaff considera que se deben esperar nuevas fases de la guerra en otros países. También advierte que la larga lucha y la interminable movilización que se impulsa desde la administración Bush, pueda tener consecuencias inaceptables para el pueblo norteamericano y recuerda que la frustración o la derrota en Vietnam, Líbano y Somalia provocaron retiradas de EEUU de anteriores compromisos en el exterior.

No obstante estas experiencias negativas, los EEUU no han realizado una reorientación política permanente y desde la Segunda Guerra mundial, el intervencionismo ha permanecido como la tendencia dominante. La intervención económica internacional “globalizada” que Washington impulsa desde los años ochenta ha sido también acompañada desde el final de la guerra fría por una menos conocida globalización de la presencia militar de EEUU. Las Fuerzas Armadas están actualmente desplegadas en unos cuarenta países y mantienen contactos, intercambios y misiones de entrenamiento en otros muchos. Incluso antes de que concluyera la guerra en Afganistán, había comenzado la construcción de instalaciones militares en Uzbekistán y Pakistán.

La actual doctrina estratégica del Pentágono es mantener el campo de batalla lo más alejado posible de EEUU, restaurando la distancia defensiva tan dramáticamente perdida el 11 de septiembre, y obtener en el resto del mundo “un dominio de amplio espectro”. Antes del 11-S, el país ya estaba cerca de una influencia e incluso dominación de la sociedad internacional que ningún imperio anterior poseyó jamás. Pero carecía de voluntad para imponerse. El 11-S proporcionó esa voluntad.

Para William Pfaff, no obstante, es importante “destacar que las relaciones históricas ocultas o normales de EEUU con el mundo exterior han sido aislacionistas y moralmente aisladas, en contraste con el enérgico compromiso actual con la intervención.” En su origen, la conciencia interna, responsable del aislacionismo histórico del país, se formó por la experiencia de su aislamiento geográfico y político, éste último vinculado a la

naturaleza del experimento político de EEUU, en sí mismo dirigido a romper con la historia europea y a crear una nueva y redimida asociación política de hombres y mujeres libres, no corrompidos por la historia del Viejo Continente.

Fueron necesarias dos guerras mundiales para forzar a EEUU a salir de ese aislacionismo. Una rápida desmovilización militar tuvo lugar poco después de la Segunda Guerra mundial, solo detenida cuando la amenazante conducta de la Unión Soviética, con la intervención comunista en Checoslovaquia en 1948 y el ataque a Corea confirmaron la llegada de la guerra fría. El internacionalismo liberal permaneció hasta el colapso de la Unión Soviética. Superada la guerra fría, EEUU volvió al excepcionalismo y unilateralismo que se vio reforzado con la llegada al poder de George Bush (hijo).

“Aparentemente, esa actitud pareció cambiar el 11-S, pero rápidamente se hizo evidente que, a pesar de que EEUU recurriría a las alianzas internacionales para fortalecer su posición política, su intención era actuar por su cuenta. La guerra contra el terrorismo ha sido enteramente unilateralista en su concepción y ejecución, y los principales aliados de Washington han mostrado un creciente malestar por la dirección y la extensión de esa guerra”.

Según el autor, la valoración global de las intervenciones militares norteamericanas en las últimas décadas tiene importantes sombras. “Tras la derrota en Vietnam, en 1975, la política exterior de EEUU entró en una nueva época, concluida con el 11-S. Después de Vietnam, las intervenciones militares se consideraron una amenaza a la estabilidad interna y al buen orden del ejército norteamericano. De ahí que la doctrina surgida, denominada doctrina Powell, sostuvo que intervenciones viables eran sólo aquellas en las cuales EEUU desplegaba una fuerza aplastante y contaba con una estrategia de salida convincente”.

“Las intervenciones en los Balcanes ofrecieron el mejor coeficiente entre consecuencias positivas y negativas, pero se emprendieron con reticencias y sus resultados siguen siendo todavía hoy precarios. Nadie podría decir que el acuerdo de Dayton para Bosnia en 1995, el improvisado protectorado internacional de Kosovo —cuyo estatuto permanente se mantiene sin resolver— y la frágil coalición de fuerzas políticas recientemente lograda en Macedonia, sean soluciones duraderas”.

“En otros lugares —Líbano, Panamá, Nicaragua y Somalia, así como durante la guerra del Golfo y la cuasi guerra contra Irak— las intervencio-

nes militares estadounidenses clandestinas o abiertas han dejado detrás, por lo general, peores condiciones a largo plazo de las que existían antes. A menudo, las consecuencias fueron, y son, perjudiciales para el propio EEUU”.

Volviendo a los acontecimientos del 11-S, William Pfaff recuerda que “El origen del terrorismo islámico radica parcialmente en la represión de los palestinos por parte de Israel, que EEUU ha apoyado indirectamente. También se basa en el papel intervencionista asumido por EEUU en Irán bajo el Sha, y en Arabia Saudí, una alianza con otra frágil y represiva monarquía”. En ambos países la política descansaba en la creencia de que la implicación de Washington en la toma de decisiones de sus gobiernos sería una fuerza liberalizadora y que promover un mayor papel militar de Irán en la región como fuerza auxiliar de EEUU, y la construcción de una estructura de bases permanentes en el golfo Pérsico y dentro de Arabia Saudí misma, fomentaría y defendería los valores occidentales en lugar de minarlos. Ambas creencias han resultado ser erróneas.

También recuerda el autor cómo Washington, tras la intervención soviética en apoyo del golpe de Estado comunista de 1978, apoyó a la militancia islámica internacional, hasta entonces una fuerza política casi insignificante, para debilitar la posición estratégica de Moscú. En la actualidad conocemos las consecuencias de esa decisión para la Unión Soviética, Pakistán y EEUU y, potencialmente, para Arabia Saudí y otros Estados musulmanes.

El análisis del autor concluye que EEUU se comporta de un modo paradójico: por una parte actúa como líder hegemónico de un sistema unitario que no existe, y que al no existir se resiste precisamente a un poder hegemónico. Por otra parte practica políticas económicas y militares que obstaculizan un cierto orden internacional. Así los EEUU debilitan los elementos centrales del existente Derecho internacional, del sistema de control de armamentos y de las normas internacionales de cooperación, las cuales califica como pasadas de moda, si no hostiles a sus intereses nacionales. “Es improbable que la paradoja se resuelva sin que se produzca una crisis en las relaciones de EEUU con la comunidad internacional”.

Pfaff describe como grave la situación anteriormente descrita precisamente por las consecuencias imprevisibles que podrían derivarse y propone cuatro medidas: En primer lugar, desintoxicar la mente en EEUU, “EEUU no está en guerra con “el mal”, entendido como realidad moral o metafísica, sino contra un grupo automotivado de individuos que posee

recursos limitados y utiliza el terrorismo contra EEUU por mezcla de argumentos políticos y religiosos. Su principal motivación religiosa es que EEUU es responsable de un atropello contra los valores de su sociedad, mediante la propagación, a nivel mundial, de un materialismo sistemático y de un hedonismo nihilista y narcisista. Estas acusaciones bien podrían haberse hecho por cualquier lector de esta revista”.

El enemigo lo forman dichos individuos y varios Estados débiles bajo regímenes dictatoriales u oligárquicos con una agenda nacionalista, ideológica o religiosa hostil a EEUU y capaces de producir o adquirir armas de destrucción masiva con el propósito de impedir un ataque estadounidense en su contra. No obstante, de los gobiernos no puede esperarse actitudes suicidas, y la comunidad estratégica da por sentado que tales armas no tienen finalidad ofensiva.

En segundo lugar, hay que reducir la influencia sin precedentes del estamento militar en Washington. Esto debe ser así, “no porque su forma de pensar sea intrínsecamente objetable —que no lo es— sino porque el Pentágono es hoy el protagonista burocrático más importante de Washington y, junto con la industria de defensa y la aeroespacial, el mayor grupo de presión. Éste ejerce una influencia abrumadora sobre las distintas administraciones y el Congreso para buscar soluciones militares a problemas no militares; lo cual es muy peligroso tanto para EEUU como para la comunidad internacional”.

En tercer lugar, hay que rescatar al gobierno de EEUU del dinero, cuya influencia ha transformado la democracia de ese país en una enorme plutocracia. El dinero siempre ha desempeñado un papel importante en el gobierno de este país, pero desde que la publicidad a través de las televisiones comerciales se convirtió en el método dominante de la difusión política, y desde la sentencia “Buckley versus Valeo” de la Corte Suprema en 1976 que sostenía que el gasto de dinero para la publicidad política era una manifestación del derecho a la libertad de expresión digna de protección constitucional, se ha impuesto en las candidaturas políticas un examen de recursos y los intereses de las compañías se han convertido, con diferencia, en la influencia más importante en las políticas nacionales y exteriores, acabando prácticamente con la articulación del concepto del interés general o público en los asuntos norteamericanos.

El caso Enron, para Pfaff, es una consecuencia de la situación anteriormente descrita. El asunto es otro escándalo político-empresarial del montón, más barroco de lo habitual por su alcance e ingeniosidad. “No es

más que otra demostración del papel del dinero empresarial en el sistema estadounidense. Lo que está podrido es el sistema”.

Por último, hay que “darse cuenta de que el nacionalismo estadounidense, unido a su mesianismo, ha creado algo que se asemeja a una fuerza totalitaria en la vida de este país, en el sentido de que conduce en todas partes a un programa militar de total dominación, ya sea con países aliados, neutrales, así como con enemigos, y a un programa político para suprimir cualquier resistencia a lo que se entienda como intereses estadounidenses en cualquier asunto, a cualquier coste para los intereses de los aliados, de la comunidad internacional y del Derecho internacional u otro precedente”.

“Parece que detrás de todo esto subyace lo que describiría como una negación, no articulada ni intencionada pero sí culpable, de la existencia de cualquier interés soberano más allá del interés nacional de EEUU, lo que es implícitamente una blasfemia”.

Al tratar la cuestión de cómo ejercer el poder que le da su posición hegemónica y asumir su papel de imperio, William Pfaff considera que aun pudiendo, no debe imponerse por el propio peso del poder. “El mundo empieza el año 2002 en una situación sin precedentes en la historia de la humanidad. Una sola nación, Estados Unidos, disfruta de un poderío militar y económico sin rival y puede imponerse prácticamente donde quiera. Incluso sin armas nucleares, EEUU podría destruir las fuerzas militares de cualquier otro país. (...) Sus propias armas son en su mayor parte invulnerables, desplegadas bajo los océanos y sobre ellos, o en emplazamientos fortificados dentro de EEUU. Las ciudades de la nación, si se cumplen las actuales ambiciones de Washington, pasarán a estar defendidas activamente por los sistemas antimisil”.

La civilización occidental siempre se ha visto influida por la idea de un imperio universal que sería el homólogo terrenal del imperio espiritual de Dios. Occidente siempre ha dado por hecho que estaba en posesión de la norma universal. Su convicción de superioridad se inició en la religión, en la que tanto judíos como cristianos reclamaban la verdad exclusiva, y se tradujo a términos laicos durante la Ilustración. Lo que es intrínseco de un imperio es el imponerse tanto culturalmente como militar y económicamente. Para ello es necesaria la aquiescencia, si no la transformación, de las elites que son los ciudadanos potenciales del imperio.

Todos los imperios que tuvieron éxito en el pasado moldearon la historia a través de la cultura. Los imperios occidentales del pasado eran infe-

riores en escala y poder absoluto en comparación con EEUU. Sin embargo, sus antiguas posesiones coloniales hoy son lo que son debido al impacto cultural del imperialismo occidental, que es más claro precisamente en aquellos lugares donde los colonizadores fueron violentamente expulsados en nombre de las ideas occidentalizadas de los derechos humanos y la independencia nacional. En cambio el imperio soviético se derrumbó en un abrir y cerrar de ojos dejando tras de sí el odio hacia Rusia y prácticamente ningún legado cultural positivo. Los ideales y las ideas rusas, su derecho, su idioma, su literatura, su arte, sus instituciones de gobierno y métodos administrativos fueron totalmente rechazados en 1989 y 1990. El imperio soviético se basó en el poder y en nada más.

“EEUU utiliza su poder par dar forma a un nuevo orden mundial. La cuestión es si este orden se basará exclusivamente en el poder estadounidense, o si poseerá el dinamismo intelectual y cultural necesario para evocar una verdadera conversión de valores, un cambio en la mentalidad de la gente. Entre 1945 y los años sesenta, EEUU poseyó una preeminencia en Occidente que procedía de sus ideas y su visión. ¿Se puede repetir esto? Esa es la cuestión crucial”.

TRES CUESTIONES DE GRAN ACTUALIDAD

William Pfaff dedica lógicamente su atención a tres cuestiones de gran actualidad y relevancia en el nuevo escenario estratégico configurado tras el 11-S: la OTAN, el conflicto palestino-israelí y un posible ataque a Irak. Respecto a la OTAN muestra su preocupación por el distanciamiento entre europeos y norteamericanos y afirma que “las relaciones de la Alianza ya están en sus peores momentos desde 1945”, “la confianza mutua se ha perdido”. La propia guerra contra el terrorismo está teniendo una influencia negativa en las relaciones trasatlánticas a pesar de que ninguno de los aliados de EEUU está en contra de esta guerra. El problema está en la falta de una explicación convincente de cómo ha de ser ésta conducida y que explique los riesgos que se están asumiendo.

El problema de declararle la guerra “al mal”, tal como ha hecho Bush, es que ésta es ilimitada, interminable y carece de una estrategia de salida del conflicto. El mal está en la naturaleza humana y puede ser considerado desde una óptica teológica pero no política. El terrorismo, dado que es un modelo de respuesta, no puede ser vencido, solo contenido. Hay que ser riguroso, las falsedades terminan teniendo consecuencias negativas no deseadas.

El mayor escollo en las relaciones trasatlánticas es la oposición europea a la decisión norteamericana de continuar la guerra contra el terrorismo con una campaña dirigida contra Saddam Hussein para que los Estados de Oriente Medio —y todo aquel dispuesto a enfrentarse con EEUU— entiendan que EEUU tiene la capacidad y la voluntad de destruir a sus enemigos. Esta grave decisión puede tener consecuencias enormes en el escenario estratégico mundial. Ante la incertidumbre él propone la prudencia y no actuar en nombre de un futuro desconocido. Las intervenciones de Reagan en Líbano y Clinton en Somalia les costó muy caro.

En lo relativo al conflicto palestino-israelí, el autor defiende que la actual política de Israel descansa sobre una ficción complicada por la proclamación de guerra contra el terrorismo hecha por Washington: que “solo Yasser Arafat es responsable del terrorismo que aflige a Israel, y que él es el único capaz de pararlo”. La otra ilusión recíproca por parte de los palestinos es creer que podrán volver a sus hogares perdidos.

“Israel considera la reclamación palestina una amenaza a su existencia e integridad nacional. La proclamación de hacer la guerra al terrorismo por parte de Israel es subterfugio y propaganda. Es guerra, sin más. Eso es lo que ambas partes están llevando a cabo”. La única solución ahora es un compromiso impuesto. La administración Bush, el único actor internacional capaz de tal iniciativa, ha demostrado no tener interés. “Puede que un día se arrepienta”.

Las tesis de los halcones del pentágono respecto a la intervención en Irak y el unilateralismo del enfoque, suscitan preocupación en Pfaff. Se opone a las ideas de que: 1) Los EEUU no necesitan a sus aliados europeos ni a la ONU. 2) Una victoria sobre Saddam desbloqueará todo. Los países árabes al ver que no tienen nada que ganar apoyando al terrorismo, darán la espalda a Al Qaeda y presionarán a los palestinos para que controlen a los terroristas suicidas y acepten las condiciones de Israel. Ante un futuro incierto el autor es partidario de no hacer experimentos peligrosos.

Los países europeos, recuerda Pfaff, han tratado durante años con el terrorismo tanto interno como internacional, y no piensan que la amenaza actual sea nueva excepto por su escala. La guerra contra Irak contribuirá más a empeorar que a mejorar las cosas.

El autor concluye que “la seguridad estadounidense, la cual ha estado basada desde finales de la década de los cuarenta no sólo en el poder sino en el respeto internacional y en el liderazgo reconocido, se está viendo

socavada por las acciones del propio Washington, más que por cualquier cosa que Al Qaeda haya hecho o pudiera posiblemente hacer". Cita también a un reformador militar estadounidense que compara la nueva ambición de Washington con el expansionismo pangermánico de Guillermo II antes de 1914, en el sentido de su habilidad para "crear enemigos más rápidamente de lo que podía eliminarles, aunque (Alemania) entonces poseía la máquina de matar más eficiente, sino la más grande, del mundo".

Pfaff propone la prudencia como actitud frente a los grandes retos de la seguridad actual. Cree que el entendimiento entre EEUU y Europa es esencial y considera que una Unión Europea verdaderamente integrada sería beneficioso para el orden mundial y también para los EEUU. Se establecería un pluralismo de poder con Europa como segundo pilar (no necesariamente militar) que rivalizaría políticamente con EEUU, lo cual es bueno porque expresaría mejor la complejidad del mundo y moderaría el excepcionalismo norteamericano.